

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8618

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO N.º 59

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. Corresponsales: en París: E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, n.º 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 18 de Julio de 1893.

CÓLERA.—Véase en la cuarta plana el anuncio Coaltar Saponiné.

EL FUTURO MATADERO.

II

NAVES DE MATANZA Y OREO.—En estos recintos es donde tendrá lugar la muerte de las reses, así como también su desuello, limpieza y preparación de las carnes antes de que sean transportadas para el consumo.

El sacrificio de las reses mayores, se ejecutará conforme á los últimos adelantos, por medio de un aparato de hierro, que se adaptará unas veces al testuz ó frontal y otras sobre las vértebras cervicales; en el centro de la plancha, existe un pequeño punzón de acero con movimiento automático de retroceso, y desarrollando su efecto por un golpe de mazo, se produce instantáneamente la muerte del animal.

Este método es preferible á los empleados hasta el día en nuestro país; pues á la sencillez de la operación, reúne las ventajas de que el matarife ó gifero, desempeña su cometido con las mayores garantías de seguridad y acierto.

Derribada la res, se procede inmediatamente al degüello y apertura del vientre para su limpieza, recogiendo en apartaderas y otros depósitos de madera, la mayor parte de la sangre y menudos, como vulgarmente se denominan, siendo estos sin dilación transportados á sus respectivos depósitos y el resto de todas las materias que cada res produce y no son utilizables, se conducen por el mismo procedimiento á los muladares dispuestos en el establecimiento, ó mezcladas con el agua á las atarjeas, cuya misión y régimen de este sistema, más adelante se describirá.

Ejecutada esta primera parte de la operación se pasa á la segunda, para la cual se empieza por levantar la res suspendiéndola á una altura conveniente.

Entre los diferentes medios que se han estudiado para llevar á efecto esta maniobra, se adoptará el siguiente procedimiento:

Una vez al descubierto los garrones, se pasa una percha ó barra de hierro de 0'03 centímetros de grueso ó diámetro y próximamente unos 0'55 centímetros de longitud. En sus dos extremos, lleva esta travesaño, dos fuertes argollas donde se introducen los ganchos de la cadena, cable ó maroma que ha de sostener la res en suspensión.

En la parte superior de las naves de matanza y oreo, se dispondrá un juego de carreras de hierro de la forma y dimensiones calculadas para cada caso. En los platillos superiores de dichas carreras, se sujetará con roblones de railage, sobre el que resbalará el camión ó puente encargado de transportar las reses hasta el sitio en que después de desolladas, limpias y preparadas, deben quedar expuestas durante cierto tiempo en oreo.

Para elevarlas, se hará uso de una polea diferencial, aparato sencillísimo y harto conocido, y suspendida la res, el movimiento de traslación de las puentes se ve-

rificará bien con palancas, utilizando un falso piso al nivel de las carreras altas, ó más fácilmente por tracción, con tornos situados en el extremo de la nave, convenientemente dispuestos, para que desarrollen todo su efecto útil.

Este mismo procedimiento puede emplearse también para suspender y transportar las reses menores, en las naves en que han de sacrificarse; y la única innovación que habrá que introducir en las puentes, consistirá en proveerlas de dos filas de ganchos por uno y otro lado, para colgar y dejar en oreo hasta ocho ó diez piezas suspendidas de cada puente.

Además de este material, es preciso colocar también á lo largo del muro, varias series de perchas, engargantadas á una pieza de fundición, bien aseguradas al macizo por medio de roblones ó fuertes pasadores.

El objeto de estos colgaderos, consiste en recibir las reses ya troceadas, clasificando y sellando estas piezas con toda comodidad, para que puedan distribuirse más acertadamente por los proveedores á los respectivos vendedores ó tablajeros.

El pavimento de estas naves, estará dispuesto con las pendientes necesarias, para que su limpieza sea completa é inmediata y si á esta condición se añaden las especiales del material que han de revestirle, se tendrá seguridad de su impermeabilidad, duración y resistencia al golpe que producen las reses cuando caen derribadas por la mano del matarife.

Durante el tiempo que las reses deben permanecer colgadas, es conveniente como antes dejamos sentado, mantener estos departamentos con poca luz; y para conseguirlo, sin perjuicio de la ventilación interior, las ventanas rasgadas en diferentes alturas, así como los montantes de las puertas, irán provistos de persianas construidas con cerco fijo y tableta móvil para regular la cantidad de luz que se juzgue conveniente en las distintas horas del día.

Varietades.

UN EPISODIO DE LA COMUNNE DE PARIS

Por juzgarle bello é interesante, vamos á transcribir tal como nos fue referido por un testigo presencial.

La tarde del día en que las tropas versallesas se apoderaron del centro de la capital, presentaba la hermosa plaza de la Concordia un lúgubre y siniestro aspecto. Olor de pólvora, humo de incendio, charcos de sangre, montones de cadáveres, ruido intermitente de lejanas descargas, todo esto dominado por un cielo plomizo semejante á la cubierta de inmeuso sarcófago.

Veíanse cruzar de vez en cuando grupos de prisioneros que eran conducidos, los unos al lugar del suplicio, los otros á negras cárceles que no debían abandonar sino para ser trasladados á los buques destinados á conducirlos á las remotas é inhospitalarias playas de la Nueva Caledonia.

Uno de esos grupos, desembocando por la rue Royale atravesó la plaza para situarse en el otro extremo, cerca del río, donde se detuvo sin duda aguardando órdenes. Mandaba á los soldados un joven capitán de simpático aspecto y gallardo y marcial continente.

Entre los detenidos resaltaba, y no ciertamente por su estatura, un muchacho de hasta unos doce ó catorce años, de fisonomía expresiva, ojos vivos y penetrantes y sonrisa alegre y burlesca que aun en aquellos críticos momentos vagaba por sus labios. Era el pilluelo de París en carne y hueso. Hubiérasele tomado, á no ser por el anacronismo, por el modelo vivo del inmortal Garroche, de Victor Hugo.

No bien hizo alto el grupo, el muchacho se encaró con el oficial y le preguntó fríamente:

—Señor oficial: ¿erece V. que nos fusilarán?

—Es más que probable, contestó el interpelado.

A esta respuesta, un tanto brusca, siguió un largo silencio que rompió de nuevo el muchacho, exclamando:

—No lo siento por mí, bien lo sabe Dios. Pero ¡mi pobre madre! ¡está tan enferma! Aunque me ve V. tan pequeño, señor oficial, yo ganaba la vida para los dos.

El capitán parecía profundamente absorto en la contemplación de la turbia corriente del Sena.

—Tengo aquí algún dinero y este reloj, que quisiera entregar á mi madre. Con estos francos tendría al menos pan para algunos días. El reloj le serviría de recuerdo... hasta que se viera obligada á empeñarlo ó venderlo. Pero ¿quién me haría esta obra de caridad? ¿De quién podría fiarme?

El capitán hasta entonces inmóvil se volvió bruscamente hacia el muchacho, exclamando:

—Y bien, di ¿qué quieres?

—¡Ah! señor oficial, ¡si V. pudiera dejarme ir á casa! ¡Está tan cerca! Una hora me bastaría. Estoy seguro de poder estar de vuelta dentro de una hora.

—Pues bien; anda, ¡lárgate; á escape!

Aun no había concluido el oficial de pronunciar estas palabras cuando ya el pilluelo había desaparecido.

Trascurrió una hora.

El grupo de prisioneros seguía estacionado en el mismo sitio.

De repente el capitán oyó detrás de sí una voz infantil, agitada por la fatiga de una carrera rápida, que decía jadeando:

—Ya estoy aquí, señor oficial. Muchas gracias. Entregué á mi madre el dinero y el reloj. No quería dejarme salir, pero, como había dado mi palabra de volver, me he escapado. ¡Pobre madre mía! ¡En qué estado quedaba! ¡Y tan sola! ¡Y tan enferma!

Un relámpago de ira brilló en los ojos de oficial, que, agarrando al muchacho de una oreja y sacudiéndole violentamente gritó:

—¡Ah, granujal! Si no te me quitas ahora mismo de delante...

No aguardó el chico á que se lo dijeran dos veces, y casi de un salto atravesó el puente de la Concordia perdiéndose bien pronto de vista á lo largo del boulevard Saint Germain.

Corría ébrio de gozo, aunque no sin rasarse de paso la oreja dolorida.

¡Caprichos singulares del destino! Aquel descomunal tirón de orejas fue el único premio que obtuvo en esta ocasión un acto que ha inmortalizado la memoria de Atilio Régulo. Alfredo Calderón.

RUBIAS CÉLEBRES

El *Gil Blas*, de París, publica un artículo dedicado á hacer la apología de las mujeres rubias, y para apoyar su opinión

cita á las mujeres más notables de todas las épocas que tenían el cabello del color del oro.

«La bella Elena—dice—á la que los ancianos de Troya no podían mirar sin emoción, se levantaba sabiamente sus cabellos dorados como las espigas del trigo maduro.

Salomé, hija de Herodias, que danzaba delante de Herodes y le pidió la cabeza de San Juan Bautista, tenía el pelo como el oro.

Los ingleses tienen un matiz del rubio delicioso que llaman *auburn*, por sus reflejos dorados.

Su lady Macbeth y María Tudor eran rubias.

La reina Beel (Isabel) tenía el pelo muy rojo.

Las griegas de la antigüedad querían ser todas rubias.

Se lavaban el cabello con lejía para quitarle el color y se le frotaban en seguida con una pomada hecha con sebo de cabra, de ceniza de haya y de flores amarillas. Luego se le dejaban secar, flotando sobre los hombros.

Las damas romanas se desesperaban de ser morenas.

Ovidio refiere que los peluqueros de su tiempo compraban las cabelleras de los muertos alemanes para satisfacer el capricho de las coquetas.

Sabido es el suplicio y los envidiosos á que se sometían las venecianas para adquirir el tono vivo que se llama rubio Ticiano.

Lucrecia Borgia era rubia.

Rubia también era Catalina de Médicis, ó al menos se tenía de rubio sus trenzas negras.

María de Médicis era igualmente rubia.

Cousin describe así el cabello de madama de Longueville: rubio color de ceniza, de extremada finura; caían en rizos abundantes, adornaban el óvalo gracioso de su cara é inundaban sus admirables hombros, muy descubiertos, según la moda de la época.

Rubia Ana de Austria; rubia Mad. de Sevigné, cuyo peinado de rizos se ha hecho célebre.

Rubia la encantadora La Valliere.

Los cabellos rubios de Mad. de Lambelle y de María Antonieta se tiñeron con la sangre de aquellas cuyo principal adorno constituían.

Mad. de Girardin tuvo también una cabellera rubia hermosísima.

Uno de los encantos de la emperatriz Eugenia era su pelo rubio.

Local y general

Almanaque

DIA 19

Luna nueva el 17.—Cuarto creciente el 25.

Saló sol 4 h. 42.—Pónese 7 h. 30.

SANTORAL.—Stos Vicente de Paul cf. y fr. Arseno diác. y santas Justa y Rufina mártires.

EFEMERIDES.—1195.—Batalla de Alarcos perdida por Alfonso VIII.

1401.—En el Cabildo celebrado por el Concejo de la ciudad de Murcia, se dá cuenta de la orden del Rey Enrique III, disponiendo se construya en ella un alcázar inmediato á la puerta del Puente.

1716.—Nace el sábio jesuita catalán, Próspero Martí.

1808.—Derrota de los franceses en la Batalla de Bailén.